

¿Que puede hacer un psicoanalista en los procesos de adopción?

Mayte Muñoz Guillén

La adopción es un proceso legal, psicológico y social de integración plena y definitiva de un menor en el seno de una familia en la cual no ha nacido. La Ley de 15 de enero de 1996 de Protección Jurídica del Menor, en su exposición de motivos, introduce la exigencia del requisito de idoneidad de los adoptantes, apoyándose en la Convención de los Derechos del Niño y en el Convenio de la Haya. Significa esto que los potenciales padres han de ser considerados idóneos para ejercer dicha función con un menor proveniente de otro ámbito biológico, y en el caso de la Adopción Internacional, por otra parte la más frecuente hoy día, también proveniente de otro país, cultura e incluso raza.

Adoptar es una forma de paternidad ligada al ejercicio de una medida de protección a la infancia que tiene como finalidad encontrar una familia con la que un menor que se encuentra en situación de abandono y desamparo, pueda vincularse afectiva y emocionalmente y pueda crear vínculos paterno-filiales, contemplándose que no se trata del derecho de los adultos a ser padres, sino que es el derecho del menor a tener una familia el que se intenta restituir mediante su inclusión en una familia adoptiva, puesto que el interés del menor prevalece sobre cualquier otro.

El Certificado de Idoneidad es un documento avalado por la institución pública, a cuyo cargo están asignadas las tareas de tramitación de adopciones, y sin el cual, los aspirantes a adopción no podrán legalizar la inclusión del hijo adoptado, en la familia. Dicho certificado es el resultado de la valoración psicológica y social que se ha efectuado con los solicitantes. La Idoneidad se refiere al requisito legal y a las condiciones, circunstancias y aspectos en general, que sustentan una demanda de adopción. El profesional, en este caso Psicoanalista, ha de valorar esa demanda apuntando siempre al objetivo de tratar de garantizar al menor unos padres capaces de asegurar las atenciones propias de la función parental.

Ser padre o madre adoptivo/a queda por lo tanto recogido en nuestra legislación como una forma diferente de constituirse como familia, llevando a cabo la paternidad desde otros presupuestos que no son los biológicos. En la adopción, se es padre o madre de un hijo concebido por otras personas, la mayoría de las veces desconocidas. Los padres adoptivos lo que hacen es tomar el relevo de otra pareja, y esto hace que en la adopción haya una ruptura en la continuidad de la cadena generacional del menor, que va a ser incluido en otra biológicamente ajena y en el imaginario del hijo adoptado, va a haber siempre una doble pareja de padres.

Los hijos adoptados son muy deseados. Los padres adoptivos tienen que pasar por un largo y costoso proceso de trámites externos legales, burocráticos, papeleos, etc... , pero lo que es objeto del interés de un Psicoanalista, es el proceso interno, es decir, el proceso por el cual se han gestionado psíquicamente el monto de afectos que se desencadenan ante la expectativa de esta elección de paternidad. Cómo se lleva a cabo la “gestación psíquica”. Cómo se tramita psicológicamente el deseo. El deseo y el duelo. ¿Por qué enlace duelo, término que remite a dolor, a pérdida, con deseo, término que remite a proyecto vital, a satisfacción, a bienestar? Hablaremos de ello un poco más adelante.

Los niños adoptados tienen tras de sí una historia de abandono y de rechazo. En la mayoría de las historias de adopción, se entrecruzan la de unos padres que desean tener un hijo y no han podido engendrarlo y la de unos progenitores que han rechazado su condición de padres. Y ambas historias convergen en la persona del niño.

Unos progenitores engendraron un bebé y son los artífices de una constante biológica, pero serán los padres adoptivos los que le den entidad como persona, los que le reciban y le acepten dándole soporte para constituirse en un ser humano, los que le dan un reconocimiento que implica una pertenencia social a un linaje, una filiación con los lazos afectivos, los deseos y los ideales, los deberes y los derechos y la construcción de su identidad que va a verse fuertemente alterada por esta experiencia. En las fases tempranas de la vida, el niño necesita de un objeto humano para organizar las funciones mentales y psíquicas, sin las cuales no se puede lograr el proceso de humanización.

El niño adoptado, en los comienzos de su vida, probablemente no ha podido disponer de esa relación integradora del desorden pulsional, seguramente no ha podido tener una “*segunda piel*”, concepto desarrollado por E. Bick* que señala que la piel del bebé y sus objetos primarios constituyen factores de cohesión de las partes del Yo que se vivencian desunidas y la función interna de la piel (función de contención) depende de que se haya podido introyectar un objeto externo, objeto que sirve como continente y se vivencia concretamente como una piel. Los padres adoptivos pueden ser para sus hijos adoptados esa “segunda piel” que no tuvieron.

Para el niño, adoptado o no, la filiación es una clave de pertenencia básica, recibe un apellido y un nombre que le van a incluir para siempre en una familia que, a su vez, está inserta en una sociedad con costumbres propias, y esta inclusión en la vida de esta familia y sobre todo, en el deseo de esta pareja, es lo que va a dar al hijo/a sus señas de identidad.

Ser padre ó madre por la vía de la adopción, incluye un “plus” de trabajo vincular para la nueva familia, porque además de que el hijo es fruto de la relación sexual de otra pareja fértil, en el caso de Adopción Internacional, el hecho de provenir de otro país, grupo étnico, tener otro idioma, color de piel...etc, imprime a estas adopciones, características propias. Los niños provenientes de otro país han incorporado la cultura del medio en el que viven, quizás la cultura de la institución en la que han estado acogidos, y el trasvase repentino a otro grupo cultural, significa una ruptura traumática con lo conocido y tienen que hacer un esfuerzo enorme de reorganización con el consiguiente riesgo para su identidad. Un cambio de país o de entorno, es siempre un cambio arriesgado que hay que tratar de encajar y elaborar (duelo) y esto comporta riesgo de desequilibrio personal. La persona que emigra (el niño adoptado proveniente de otro país, es emigrante) pierde sus puntos de referencia y deja de ser uno más del grupo. No siempre se tiene en cuenta lo arriesgada que es esta experiencia para la construcción de la identidad y por tanto para el equilibrio emocional.

* “*La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas*”

El trabajo de los “nuevos padres” no sólo tiene que ir en la línea de ayudar a configurar la nueva identidad del hijo, incluyéndole en la nueva familia y entorno, ayudándole a sentir que pertenece al nuevo grupo social, sino que habrán de reparar –en la medida de lo posible- la herida primaria que la experiencia de abandono ha producido.

Esta herida originaria, estaría en la base de que es frecuente que los niños adoptados sean desconfiados respecto a la continuidad de los vínculos. De alguna manera, siempre está presente el temor a ser abandonados de nuevo y ponen a prueba a los padres adoptivos cuestionando su identidad como hijo/a de ellos, lo que no deja de ser una manifestación del grado de confusión que puede generar desarrollar una identidad suficientemente separada y autónoma a la vez que se es profundamente dependiente de los vínculos que están intentando consolidarse como definitivos. La repetición de vínculos fragmentados (instituciones... familias de acogida...) deriva en identidades también fragmentadas, en donde no se ha dado la dialéctica “yo soy yo” y “tú eres tú” de manera firme y cohesionada.

Adopción transracia

Es importante tener presente que así como los padres optaron por una adopción de un hijo de raza diferente, el niño no ha elegido ser hijo de padres diferentes y esto implica características especiales en la organización y construcción de la identidad. Al niño le puede resultar difícil identificarse con unos padres tan diferentes a cómo es él. Puede comprenderse desde aquí la paradoja de no poder tolerar cambios que implican progresos –y pensamos que es progresar pasar de vivir en un orfanato de un país del tercer mundo, a vivir en una sociedad más desarrollada y avanzada- porque esos progresos significan un riesgo de alteración, en algún grado, de ese yo conocido, es decir de la identidad, por otro yo que presumiblemente se va a desarrollar en mejores condiciones, pero distinto, lo que conlleva alteraciones y cambios sustanciales en el proceso de construcción de la identidad. En general, saberse parecido a los padres a quienes se quiere, genera sensación de arraigo y pertenencia y ayuda a generar autoestima. La persona adoptada de una raza diferente a la de sus padres ha de elaborar el duelo por no poder vivir con los que le engendraron y por no parecerse a los padres adoptivos a los que ama.

Fantasías-dudas

La nueva familia (adoptiva) empieza a construir su historia en común. Pero es una historia en la que no están ausentes una gran cantidad de fantasías. Fantasías respecto al origen del niño, a los antecedentes biológico-hereditarios y también sociales. Los padres se hacen preguntas y les crea incertidumbre pensar en los posibles factores genéticos que puedan aparecer más adelante. Para el niño, sobre todo en el momento de la pubertad, los padres biológicos pueden ser vividos internamente y a nivel imaginario, muy idealizados y también denigrados. Idealizados porque se recrea la fantasía de haber sido hijo de unos padres bondadosos a los que les fue arrebatado el hijo a su pesar o de alguien poderoso e importante, como ocurre en algunos cuentos de hadas en donde el niño criado con unos padres humildes resulta ser el príncipe o princesa que fue robado a sus padres los Reyes. Denigrados, porque son objeto del odio por el abandono a que sometieron a su hijo. Sentimientos encontrados que pueden generar hostilidad. No obstante, la agresividad que el hijo adoptado puede llegar a sentir hacia la madre biológica, tiene una función de utilidad: sirve para salvaguardar en él, un mínimo de autoestima narcisista. Me refiero al narcisismo preservador de la vida, narcisismo estructurante, organizador y necesario.

En este caso, el odio sería una defensa frente a los sentimientos dolorosos que produce pensar que no se ha tenido el suficiente valor afectivo como para haber sido conservado por la madre. Este narcisismo puede ponerse en marcha como parte del proceso de elaboración del punto doloroso que configura el duelo de partida que lleva tras de sí cualquier niño adoptado. El niño ha sufrido un abandono real por parte de los padres. Las fantasías filicidas, en este caso, han podido, incluso, ser actuadas.

Duelos

El trabajo de elaboración de un duelo consiste en llegar a aceptar e integrar en el mundo interno, las pérdidas sufridas en el mundo externo

Niño

La vida del niño adoptado ha comenzado con una separación y una pérdida, comienza con un duelo. El niño adoptado es una conjunción de un “deseo” de padres adoptivos con un “no deseo” de padres biológicos. Es un niño para el que no ha habido lugar inicialmente.

El nacimiento es la primera gran carencia, se trata de una separación traumática. Las satisfacciones primarias que brinda el cuerpo de la madre se ven bruscamente interrumpidas con el nacimiento. El reencuentro con el cuerpo de la madre neutraliza y apacigua las primeras sensaciones de inseguridad y desprotección. Es muy común que los niños adoptados no hayan podido tener ese reencuentro corporal inmediato al parto y recuperar así la relación cuerpo a cuerpo. Esta es la gran fractura inicial. El niño adoptado tiene un doble desprendimiento, intra y extrauterino, y el vínculo corporal queda definitivamente perdido. Es un niño abandonado por una mujer que, probablemente, también fue abandonada por un hombre. Es una historia repetida. El niño tendrá que hacer frente al duelo por la separación de su madre biológica y elaborar el tránsito a su madre adoptiva. La adopción puede permitir a algunos niños modificar y reparar, al menos parcialmente, los traumas que se derivan de la interrupción de los vínculos afectivos primarios. *“La adopción le ha salvado la vida, pero no ha podido salvarle de la tragedia derivada de las condiciones de su nacimiento”* (León Grinberg)

Si no ha habido posibilidad de elaboración de este duelo de partida, estas experiencias traumáticas, pueden cristalizarse en un futuro, en fuertes sentimientos de hostilidad y conductas agresivas. Si la agresión es introyectada, puede, a su vez, dar lugar a sentimientos de culpa, fantasías de haber dañado a la madre biológica, auto-desvalorización, miedo a recibir un castigo, o conductas de sometimiento excesivo al adulto para encubrir la hostilidad. Si por el contrario, la agresión es proyectada, se produce un alivio de la culpa. Los otros son los que causan daño y, por lo tanto, se les puede atacar (conductas agresivas frecuentes en los adoptados)

Padres

Construir una familia, se ha presentado siempre y en cualquier sociedad como proyecto afectivo de vida compartida y también como proyecto social. La mayoría de las veces, la razón por la que una pareja acude a la adopción es a causa de un fracaso en su deseo de paternidad biológica. La infertilidad de alguno o de ambos miembros de la pareja supone entrar en contacto con la pérdida y con el duelo, momento difícil que la pareja tiene que tratar de resolver internamente, para poder acudir a la adopción sin culpas ni resentimientos.

La adopción no puede presentarse como un tapón que venga a obturar espacios psíquicos asociados al *vacío*, negando maníacamente un sentimiento de castración, que a través de fantasías de “niño milagro” en el imaginario de los padres, vaya a restaurar internamente el narcisismo dañado. La mujer podría llegar a vivir su incapacidad para la procreación como un castigo frente a fantasías infantiles de ataque al cuerpo de la madre durante su infancia. Si adoptar se convierte para ella en un “acto salvador”, cabe pensar en la existencia de fantasías reparatorias inconscientes, reactivas de aquellas otras destructivas.

Desde el comienzo del proceso de adopción se entra en contacto con el binomio bienestar/malestar. Los futuros padres imaginan y fantasean que van a ser familia en toda su completud (bienestar) pero para ello es fundamental que sean capaces de atravesar el “malestar” que implica elaborar el duelo que deja la “impronta biológica” cuando ésta ha impedido la anhelada procreación.

El reconocimiento de la propia infertilidad no es fácil ni para el hombre ni para la mujer, pues entran en juego sentimientos muy profundos que chocan con presiones sociales que ensalzan y fomentan los roles de la paternidad y, sobre todo, de la maternidad. No ser productivo, biológicamente hablando, puede lesionar el narcisismo femenino en la mujer que siente que no da la talla en esa excelsa tarea que se espera de ella de ser transmisora de vida; también lesiona el masculino, si éste va asociado a pre-juicios sociales que llegan a mezclar confusamente infertilidad y virilidad. Hablamos en definitiva de sentimiento de castración, que no es patrimonio de parejas adoptantes infértiles pero que adquiere rango específico en ellas.

El Psicoanálisis nos ha enseñado que el sentimiento de castración es un sentimiento universal, inherente al normal desarrollo del ser humano y de su saludable estructuración psíquica y que ocupa un lugar fundamental en la evolución de la sexualidad infantil. La vivencia de castración da lugar a la aceptación de la renuncia que pone fin a la fantasía infantil de omnipotencia, fantasía ligada a la de bisexualidad infantil. Lo que los psicoanalistas llamamos *aparato psíquico* se constituye y organiza teniendo en cuenta -entre otros aspectos- este proceso de aceptación, de renuncia. Si la adopción de un niño tiene como objetivo tratar de reparar, o aún más, negar los aspectos internos deficitarios derivados de la infertilidad biológica, las probabilidades de fracaso de la adopción, serán altas, y una adopción fracasada supone un inmenso sufrimiento para todas las personas involucradas. Huelga decir que un segundo abandono, reactiva en el niño/adolescente una angustia de fragmentación, de falta de continuidad, de derrumbamiento y de pérdida, que será ya imposible restaurar. De ahí la importancia que tiene el factor preventivo de la valoración previa de padres adoptantes, en donde uno de los aspectos más importantes es tratar de identificar posibles riesgos específicos que puedan subyacer en la demanda de adopción.

Reproducción asistida

Es muy común que las parejas infértiles hayan pasado previamente a la solicitud de adopción, por intentos de reproducción asistida, mediante las actuales técnicas de tratamientos para la infertilidad. Este período de tiempo ha podido prolongarse incluso años. Cuando, como ocurre la mayoría de las veces, las inseminaciones repetidas no han tenido como resultado un ansiado embarazo y el nacimiento del hijo, entonces a las dificultades propias ligadas a la elaboración del duelo por la infertilidad, se añaden las de la pérdida de tantos “hijos muertos”* (abortos o embriones que no se han implantado en el útero) así como la vivencia de ataque e intromisión a la intimidad de la pareja y sobre todo, al cuerpo de la mujer. Es una herida que no queda únicamente registrada en lo corporal sino que tiene cicatrices en el psiquismo.

En mi opinión es preciso haber abandonado y tener cerrado completamente el proceso de intentos de reproducción asistida, antes de iniciar el proceso de adopción.

* “*El fracaso en la adopción*” Jolanda Galli-Francesco Viero

Cuando ha habido un número razonable de inseminaciones que no han prosperado, dejar abierta la puerta a futuros intentos, puede mantener a nivel imaginario la fantasía de que hay embriones que están “esperando”, reabriendo continuamente una herida que no puede cerrarse (duelo por un hijo que no ha nacido, que no puede elaborarse) y de donde cabe pronosticar fuertes dificultades en el establecimiento del vínculo con el hijo adoptado. Lamentablemente no siempre las parejas que recurren a estas técnicas manejan parámetros de realidad, a veces los propios especialistas alimentan fantasías omnipotentes que estimulan la negación del límite que representa la infertilidad biológica. La frustración y el dolor por el hijo biológico no conseguido ocupa la mente de los padres, reduciendo el espacio psíquico necesario para poder recibir e incluir en la pareja al tercero, al hijo adoptivo. El riesgo y el pronóstico de fracaso en esta adopción, vendría dado porque tal vez el hijo adoptado sea el depositario a nivel inconsciente, de la tarea de negar o anular ese duelo imposible de llevar a cabo. En el psiquismo de estos padres sería una especie de “hijo talismán” mecanismo defensivo frente al dolor por el duelo no resuelto.

Funcionamiento psicossomático

En la maternidad adoptiva, la relación madre-hijo no se da al nivel de relación corporal, somática, propia del embarazo. La madre adoptiva está implicada emocionalmente con gran intensidad, pero es una relación caracterizada por la ausencia. En el embarazo, la madre participa de las transformaciones que se originan en su cuerpo para dar espacio al crecimiento del bebé. Hay un encuentro y una relación con el futuro hijo del orden de lo corporal. No lo hay con la madre adoptiva, y esto, según J. Mc Dougall* está en relación con la mayor tendencia a presentar síntomas (psico)somáticos que puede presentar la madre adoptiva, cuando el proceso de adopción es un acontecimiento que supera el “nivel de tolerancia”. Si esto ocurre, es un índice de riesgo en la relación con el hijo adoptivo.

El camino va de la pérdida al encuentro. El niño perdió los padres biológicos, para los padres adoptivos en alguna parte de su psiquismo se inscribe como pérdida no haber engendrado hijos. Ambos (padres e hijos) en proceso de duelo, que puede manifestarse en lo consciente o circular en lo inconsciente.

* *“Teatros del cuerpo”* (1989)

El duelo de partida se podrá ir elaborando y finalmente -como en todos los duelos- se podrá dar la reconciliación con lo perdido, que no se habrá transformado en elemento persecutorio, sino en elemento propiciador del encuentro. Del encuentro entre dos esperanzas, la de un niño que necesita una familia y la de una familia que desea un hijo.

Prevención

El riesgo de que la adopción fracase siempre está presente. Esto ocurriría cuando no se ha conseguido establecer una vinculación significativa desde el punto de vista afectivo, cuando el menor adoptado no ha podido construir su identidad y no se ha conseguido atravesar juntos (padres e hijo) las fases evolutivas que llevan a alcanzar la propia autonomía como adulto. Por eso pensamos que el trabajo previo, esto es, la valoración de los padres, debe tener una importante connotación preventiva. El proceso de valoración para la obtención del informe psico-social, generalmente es vivido por los solicitantes como un trámite a seguir con el objetivo manifiesto de obtener el Certificado de Idoneidad. Sin embargo, sabemos que en el ciclo de entrevistas que los profesionales llevamos a cabo con los aspirantes a padres adoptivos, se moviliza toda la historia personal y el mundo interno de cada uno de ellos, así como una reactivación de fantasías infantiles.

Un psicoanalista dispone de una importante herramienta para la realización de esa tarea, ya que en las entrevistas tiene activa su “escucha psicoanalítica” para recoger los dos discursos: el manifiesto y el latente. Nosotros tomamos en cuenta lo justo el discurso manifiesto, y sí mucho el latente. El psicoanalista que “escucha” a los padres adoptivos, se presta como contenedor y sostenedor de su proyecto de adopción, abriéndose a que hablen sobre sus deseos, expectativas e inversiones sobre ese hijo. Las entrevistas de valoración de los solicitantes no se ven libres de los fenómenos de transferencia y contra-transferencia, aspectos éstos que un psicoanalista está acostumbrado a manejar en su quehacer clínico y que si bien desde luego no puede utilizar en este contexto para hacer interpretaciones, sí puede identificar, evitando interferencias emocionales que puedan nublar la objetividad con la que debe llevarse a término el proceso de valoración.

Por nuestra parte, es importante y útil manejar la contra-transferencia para poder entender y acceder a la identificación de la motivación, quizá la razón última y fundamental de nuestro trabajo como evaluadores y agentes de prevención. En el planteamiento de la motivación es donde más atención presta un psicoanalista a lo latente. Las motivaciones planteadas en el deseo de adopción no siempre responden a lo que, los padres adoptivos manifiestan. Hemos visto parejas con graves duelos no resueltos que circulan por su proyecto adoptivo sin tener ninguna conciencia de ellos. Hemos visto también demandas de adopción en las que subyace un intento de satisfacción de deseo infantil, en donde el hijo adoptado vendría a ser el hijo fantaseado edípicamente con el propio progenitor. Hemos visto solicitudes de adopción en las que ambos o uno de los solicitantes, acude a la adopción para satisfacer un deseo de “otro” pero no el propio. Hemos visto demandas de adopción de padres biológicos, en donde obviamente no hay duelo de infertilidad, pero sí, negación maníaca del duelo por el paso del tiempo (padres de “cierta edad” con hijos mayores que pretenden revivir con el hijo adoptado experiencias de paternidad inicial)

Es importante tratar de detectar conflictos psíquicos que pueden manifestarse durante el proceso de adopción. Especial atención debe tener para nosotros poder identificar la motivación real. La motivación real para la adopción es quizá el aspecto que podríamos llamar más “psicoanalítico” para indagar, porque tratamos de acceder a los puntos inconscientes que la sustentan. Los aspectos a los que un psicoanalista presta especial atención ante una demanda de adopción son, por ejemplo, qué modelos parentales manejan los solicitantes y de qué calidad ha sido la relación con sus propios padres; cómo han elaborado la envidia hacia la fertilidad de sus progenitores; qué idea tienen acerca de lo que es la función parental, puesto que es ésta la que va a dar a los padres adoptivos su condición de tales, es la que les hará progenitores psíquicos dado que la estructuración del psiquismo del niño va a realizarse con ellos; cómo está registrado en cada uno de los miembros de la pareja de cara a la construcción de la identidad del hijo *lo masculino* y *lo femenino*, independientemente de cual sea el sexo de cada uno de ellos. Es importante saber qué lugar ocupa el hijo adoptivo, si trae o no una función que cumplir, una herida que reparar, etc... en definitiva, conocer si el hijo adoptado viene desde el lugar del deseo o de la necesidad.

El hijo adoptado es hijo del deseo y la palabra de sus padres adoptivos. Los niños que son adoptados ya mayorcitos, adolescentes incluso, que, naturalmente, saben cual es su historia necesitan también la palabra de los padres que venga a llenar los vacíos, que han podido formarse a raíz de los interrogantes que se abren para cualquier ser humano que ha vivido la experiencia de ser abandonado, y no se puede obviar que el sentimiento de pérdida y abandono modela la vida del niño adoptado. Por otra parte, la palabra no sólo tiene una función informativa, sino, sobre todo y más importante, la palabra tiene una función afectiva. Como dice el Dr. José Rallo *“los padres afectivos son los padres efectivos”* y Michel Soulé, dice que *“un padre se hace con el deseo y la determinación con más seguridad que con un espermatozoide”*.

Novela Familiar

Es a través de la palabra de los padres adoptivos que el hijo debe conocer sus orígenes y su condición de adoptado. El hijo adoptado, como cualquier otro, también construirá su Novela Familiar. La Novela Familiar es una fantasía consciente, una construcción fantasmática que todo niño construye hacia los cinco o seis años en la que modifica imaginariamente sus lazos con sus padres, sus orígenes, y cuya dinámica va a jugar un papel esencial en la relación con ellos, sean biológicos o adoptivos, y sirve para aliviar el dolor ante temores de abandono.

Los padres son inicialmente la única autoridad, la fuente de toda creencia y el niño de mayor, quiere ser como ellos. Pero a medida que avanza en su desarrollo intelectual, establece un contacto con los padres menos idealizado, conoce a otros padres y los compara con los suyos, dudando de todas aquellas cualidades únicas que les había adjudicado. Cuando el niño se siente menospreciado, que no recibe el pleno amor de sus padres o también que tiene que compartirlo con otros hermanos, elabora la fantasía con frecuencia recordada conscientemente en épocas posteriores, de que en realidad no es hijo de esos padres, sino adoptado o recogido.

El niño quiere realizar sus deseos y corrige la realidad. Se aleja de sus padres desdeñados, sustituyéndolos por otros de mejor nivel social, bien sea utilizando el encuentro casual de elementos reales, bien por una elaboración surgida de lecturas o de deseos particulares.

El cuestionamiento y replanteamiento de las relaciones familiares en la adolescencia, pueden llevar al joven adoptado a crear mayores fantasías sobre los progenitores, idealizándolos en extremo: tal vez él fue robado a unos padres bondadosos...tal vez forzaron a sus padres a desprenderse de él...tal vez... Crea y organiza así su *“novela familiar”* que le da ocasión para iniciar la crítica a sus padres y pensar que otros son preferibles.

Los padres biológicos se utilizan como soporte de su autonomía y son investidos como los padres ideales y el niño adoptado puede pensar en vivir su *“cuento de hadas”* (*ellos sí comprenderían...ellos sí me dejarían hacer tal o cual cosa...*) En última instancia *“el afán de sustituir al padre verdadero por uno más noble, no es sino expresión de la añoranza del niño por la edad dichosa y perdida en que su padre le parecía el hombre más noble y poderoso, y su madre la mujer más bella y hermosa, así, la fantasía no es en verdad sino la expresión del lamento por la desaparición de esa edad dichosa”* (**Freud** *“La novela familiar”*)

Las fantasías que conforman la *“novela familiar”* sirven –dice Soulé- para entrar en la adolescencia y atravesar, escapar y organizar el edipo, y los niños adoptados construyen también su Novela Familiar igual que los demás niños y no especialmente por ser adoptados. El conflicto edípico está ligado al lazo recíproco del parentesco y la filiación y no a la continuidad cromosómica. Aún siendo informado de que tiene otros progenitores, que incluso, pueden ser *“racionalmente”* diferentes de sus padres adoptivos, el niño adoptado no puede escapar de los fantasmas originarios, de la escena primaria, del conflicto edípico y de sus angustias. Los sentimientos de filiación y de parentesco se establecen, no entre procreadores y procreados, sino entre los que han vivido juntos el conflicto edípico y la novela familiar.

Búsqueda de orígenes

Aunque todos se preguntan por sus orígenes, no todos sienten ni el deseo ni la necesidad de ir a su búsqueda.

La búsqueda de los orígenes puede tener una doble vertiente:

- orígenes culturales (país, ambiente, cultura...)
- orígenes genéticos (progenitores, familia biológica...)

Algunos adolescentes sienten el deseo de viajar al país originario, desean conocer su cultura, su forma de vida. Este viaje hecho en compañía de los padres, puede ayudar al joven a reparar y reconciliarse con esos orígenes, enriquecerse con todo lo que pueda sentir como suyo que quedó allí, y ahora recupera. Otra situación muy diferente es cuando surge el “deseo” de conocer la filiación biológica-genética, conocer a los progenitores.

Algunos trabajos de M.Soulé y J. Noël referidos al tema de los orígenes, concluyen indicando que, en ocasiones, las exigencias de búsqueda y reencuentro con los padres biológicos pueden hacerse acuciantes y sentirse como una necesidad no exenta de inquietud. Pero la búsqueda de los padres biológicos, raramente es llevada hasta su término, la mayoría de las veces se abandona cuando está a punto de llegar a su fin, y cuando se consigue es a menudo más angustiada que satisfactoria, siendo excepcional que se extienda a relaciones continuadas y beneficiosas y no quedando ninguna vinculación afectiva. La confrontación con los padres biológicos idealizados, pero a menudo sórdidos, sin cualidades o simplemente reales y ordinarios, es normalmente dañina. En cualquier caso, si se quiere ir a la búsqueda de orígenes y progenitores, no debe hacerse en la adolescencia sino en la adultez, con una mayor integración personal. En la adolescencia, podría resultar confusional y confundir más que clarificar, conflictivizando aún más esta etapa.

Triseliotis, J* señala que en la mayoría de los casos, desean constatar que realmente el abandono no fue voluntario por parte de su familia biológica, sino por causas ajenas a ellos, y que en realidad, fueron queridos. Los estudios apuntan a que cuanto más se ha podido hablar con los padres adoptivos durante la infancia de la historia previa a la adopción, y en concreto de los motivos que pueden llevar a unos padres a tener que abandonar a sus hijos, menos necesidad tienen las personas adoptadas de llevar a cabo una búsqueda de orígenes.

Una insistencia muy tenaz en conocer a los progenitores debe entenderse como expresión del conflicto que todo adolescente tiene sobre su identidad ¿Quién es? y la fantasía de que conociendo a sus progenitores podrá saberlo mejor.

* *Construcción de la identidad en las personas adoptadas (2010)*